

Esta obra se abre con una borgiana presentación de María Kodama y contiene trabajos de Jaime Alazraki, Teodosio Fernández, Silvia Molloy, Nora Catelli, Saúl Yurkievich, Carlos Meneses, Blas Matamoro y Ana María Barrenechea.

La visita en el tiempo

Arturo Uslar Pietri

Mondadori, Madrid, 1990

Hijo de un general de ascendencia alemana, Uslar Pietri nació en Caracas en mayo de 1906. Realizó sus estudios en el colegio federal de Maracay, y en 1924 inició la carrera universitaria, que terminó en 1929 con el título de doctor en ciencias políticas y sociales. Un año antes había publicado su primer libro, la colección de cuentos *Barrabás y otros relatos*. En 1929 viajó a Europa, donde permaneció hasta 1933. En 1936 publicó su segunda colección de cuentos, *Red*. Entre 1941 y 1945 desempeñó varios cargos políticos, y en este último año publicó dos libros, *Las visiones del camino* y el *Sumario de economía venezolana*. Un año más tarde se fue a vivir a Estados Unidos, donde publicó *El camino del Dorado* (1947), *Letras y hombres de Venezuela* (1948), y *Treinta hombres y sus sombras* (1949). En 1950 volvió a Venezuela y en 1959 fue senador independiente por Caracas ante el Congreso Nacional. En la política está inspirada la novela *El laberinto de fortuna, un retrato en la geografía* (1962) y numerosos ensayos. Desde entonces ha publicado varias novelas, entre ellas, *La isla de Robinsón*.

La visita en el tiempo es una novela histórica y quizás algo más, esta situada en el siglo XVI español y su figura central es Don Juan de Austria, el hermano de Felipe II, un personaje conflictivo en la casa de los Austrias en la que Pietri ve un sino trágico y desgarrado. Pietri ve en él una cierta y atrayente encarnación de algunos de los temas que obsesionaron nuestra literatura barroca y también a Shakespeare: la vida y el sueño, la apariencia y la realidad, la libertad y el destino. *La visita en el tiempo* vuelve al pasado para hacernos presente realidades que aún laten bajo la piel de nuestra modernidad.

Obra completa

José Asunción Silva

Edición crítica de Hector H. Orjuela. Colección Archivos, UNESCO, Madrid, 1990

En Bogotá, la pequeña ciudad en los Andes, Asunción Silva leyó a los poetas franceses, simbolistas y parnasianos que, contaminando el verso español, iban a transformar nuestra lírica. Juan Ramón gustaba de representárselo desnudo con su «Nocturno» en la mano, única obra que valoraba y a la que tuvo en alta estima.

Silva nació en 1865 y muere en 1896 a los treinta y un años de edad. Se le atribuye su primer poema a los diez años. Fue un estudiante distinguido y algo reservado al que bautizaron sus colegas como José Presunción. Sus primeros poemas que recogió con el título de *Intimidaciones* tienen una clara influencia de Bécquer y Victor Hugo; de este último tradujo algunos poemas, así como de Guérin y Gautier. A los diecinueve años viaja a París, y luego a Londres y Suiza. En el año que regresa a su país se publica la antología de Rivas Groot *La lira nueva* donde se incluyen ocho poemas de Silva. El resto de su vida transcurre entre los negocios familiares, las tertulias y la escritura de sus poemas y otros escritos. Cuando fracasa el negocio de baldosines los acreedores lo persiguen. El Dr. Juan Evangelista le dibujó el lugar exacto donde se encontraba su corazón; fue un día antes de que se suicidara.

Su temprana muerte impidió que llegara a publicar algún libro en vida. La edición príncipe de su obra apareció en 1908, catorce años después de su muerte, y estuvo a cargo de Hernando Martínez. Es un volumen prologado por Miguel de Unamuno. Hasta 1918 las demás ediciones reprodujeron esta primera, incluyendo sus defectos. Esta última recogía el prólogo de Unamuno y otro texto de Zamacois sobre Silva. En los años veinte hubo una cierta reivindicación del bogotano y se editaron, en 1923, unas *Poesías* debidas a Baldomero Sanín Cano. Esta antología debe contarse, según Héctor H. Orjuela, entre las más autorizadas, aunque no incluía sus prosas. Estas comenzaron a publicarse en 1925 (*De sobremesa*), *Prosas* (1926). A raíz del cincuentenario de su muerte, en diversos países de nuestra lengua, se hicieron ediciones de sus libros de versos y de sus prosas (Buenos Aires, México, Colombia).

La edición de Archivos es la más completa que se haya realizado hasta el presente: recoge la totalidad de la obra del poeta colombiano, incluyendo las atribuciones, su correspondencia, traducciones. Se suma a esto un dossier con documentos de interés y trabajos sobre el autor de Bernardo Gicovante, Eduardo Camacho Guisado, Ricardo Cano Gaviria, Gustavo Mejía, J. G. Cobo Borda, Alfredo Roggiano, Mark I. Smith-Soto, Rafael Gutiérrez Girardot y su coordinador y editor, Héctor H. Orjuela.

Alfabeto del mundo

Eugenio Montejo

FCE, México, 1988

Esta antología poética ha sido realizada por el autor y lleva un prólogo de Américo Ferrari. Bajo este mismo título se publicó otra antología en Barcelona, en la editorial Laia, en 1987.

Por el prólogo nos enteramos de sus actitudes ante la poesía y la lengua; por ejemplo cuando piensa que los escritores pertenecen más a su época que a su país, reivindicando la noción de familias poéticas por encima de las demarcaciones geográficas. Esto es obvio al leerle una obra en la que hay ecos de Vallejo (peruano), Neruda (chileno), Enrique Molina (argentino y, en ocasiones, de Juarroz. También es agradable leer esta otra afirmación: los avatares de la industria no ponen en peligro a la poesía, ésta existió mucho antes de esta perfección técnica que afecta a la reproducción. De él ha escrito Guillermo Sucre, ese gran crítico de la poesía latinoamericana, que la obra de Montejo se «caracteriza por el espesor y la rica gama textual, aún por la recreación naturalista y mítica. Además de la pasión constructiva y casi el perfecto control del desarrollo del poema, que excluye lo divagatorio y deshilvanado». En Montejo vemos continuamente el mundo como analogía. El título mismo de esta antología, tomado del libro de mismo nombre de 1986, lo señala. Tal vez, sin embargo, no sea exacto atribuir al mundo un alfabeto, pero sabemos por sus poemas que ese alfabeto es inacabable, es decir, que no lo es. Si lo fuera, podríamos leer el mundo rectamente; porque no lo es, salvo en sus guiños y reflejos, su lectu-

ra es inacabable. Hay en esta poesía una continua lucha entre el interior y el exterior, entre memoria y realidad, dando a esta última palabra el valor de lo objetivo y rectificador, y entre otras rectificaciones la gran resta de la muerte. No sé si el mundo es un alfabeto, pero después de leer a Montejo se acentúa la creencia de que la poesía es la más fiel lectora del mundo.

Cocuyo

Severo Sarduy

Tusquets, Barcelona, 1990

Severo Sarduy, (Cuba, 1937) es uno de los escritores latinoamericanos más exigentes y comprometidos con el idioma. Caracteriza además a su literatura la posesión de un mundo poético, personal y crítico. Muchas de sus novelas son realmente tentaculares: atrapan y metamorfosean los signos más diversos. Por su incardinación neobarroca, Sarduy entronca con autores latinoamericanos como Lezama Lima y Alejo Carpentier. Pero el barroquismo de Sarduy incorpora un sentido del humor y de la parodia ajeno a estos dos autores. Por otro lado, cada texto del escritor cubano tiene las cualidades que le atribuyó Roland Barthes, es «brillante, ágil, sensible, divertido, inventivo, sorprendente y sin embargo, claro, y hasta cultural, y constantemente afectuoso».

Sarduy ha publicado varias novelas: *De dónde son los cantantes*, *Maitreya*, *Cobra*, y ensayos como *Escrito sobre un cuerpo*, *Barroco*. *Cocuyo* es un libro distinto a sus novelas mencionadas. Lo es por su lenguaje, apenas barroco, mucho más directo, también por la mayor linealidad de la historia. Narra las peripecias de un niño, trasunto tal vez de su propia biografía, en Cuba, sus iniciaciones en el mundo de los mayores, los ritos y escisiones del crecimiento entre los otros. De alguna manera, la obra contiene una lectura alegórica del mundo adulto; aunque esto no parece muy evidente. Escrita con soltura y gracia, no alcanza la calidad de sus grandes obras anteriores, pero se lee con interés y provecho.

J.M.

Cuadernos Hispanoamericanos

Cuadernos Hispanoamericanos quiere hacer explícita su alegría ante la concesión del premio Nobel al escritor mexicano Octavio Paz recordando la constante presencia que su obra ha tenido en nuestras páginas. La academia sueca, al premiar su vasta y profunda labor como poeta y ensayista, ha premiado también a nuestra lengua y nuestra literatura. Los que hacemos esta revista nos sentimos premiados.

OCTAVIO PAZ EN CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Carmen Bravo Villasante: «Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe», n.º 395, págs. 442-448.

Pablo Antonio Cuadra: «Dos mares y cinco poetas», n.º 66, págs. 360-368.

Luis Alberto de Cuenca: «El signo y el garabato y Versiones y diversiones», n.º 319, págs. 190 a 193.

Claudio Esteva Fabregat: «La estación violenta», n.º 112, págs. 63 a 65.

Claudio Esteva Fabregat: «El mexicano y su soledad», n.º 124, págs. 144 a 147.

Rafael Gutiérrez Girardot: «El laberinto de la soledad», n.º 31, págs. 143 a 147.

Santiago González Noriega: «Corriente alterna», n.º 236, págs. 516 a 518.

Zdenek Kourim: «Marcel Duchamp visto por O.P.», n.º 263, págs. 520 a 529.

Juan Malpartida: «El cuerpo y la historia: aproximaciones a Octavio Paz», n.º 468, págs. 45 a 54.

Juan Malpartida: «El amor, la poesía», n.º 461, págs. 158 a 163.

Blas Matamoro: «Variaciones poéticas de O.P.», n.º 360, págs. 715 a 716.

Blas Matamoro: «Desnudemos a la novia», n.º 472, págs. 112 a 117.

Blas Matamoro: «Del arquetipo a la historia», n.º 367, págs. 273 a 287.

Julio Ortega: «Notas sobre Octavio Paz», n.º 231, págs. 553 a 556.

Alejandro Paternain: «La fijeza y el vértigo», n.º 276, págs. 427 a 440.

Galvarino Plaza: «Teatro de signos», n.º 291, págs. 73 a 75.

Galvarino Plaza: «Aproximaciones a O.P.», n.º 300, págs. 743 a 744.

Jorge Rodríguez Padrón: «El escritor y la experiencia poética», n.º 243, 671 a 678.

Manuel Ulacia: «Carta de México», n.º 472, págs. 159 a 162.

Varios autores: Homenaje a Octavio Paz, n.º 343-45, 790 págs. Escriben: Jaime Alazraki, Laureano Albán, Jorge Albistur, Manuel Andújar, Octavio Armand, Pablo del Barco, Manuel Benavides, José María Bermejo, José María Bernáldez, Alberto Blasi, Rodolfo Borello, Alicia Borinsky, Felipe Boso, Alice Boust, Antonio L. Bouza, Alfonso Canales, José Luis Cano, Antonio Carreño, Xoan Manuel Casado, Francisco Castaño, Antonio Colinas, Gustavo Correa, Edmond Cros, Alonso Cueto, Raúl Chávarri, Eugenio Chicano, Luys A. Díez, David Escobar Galindo, Ariel Ferraro, Joseph A. Feustle, Félix Gabriel Flores, Javier García Sánchez, Carlos García Osuna, Félix Grande, Jacinto Luis Guereña, Eduardo Haro Ibars, José María Hernández Arce, Graciela Isnardi, Zdenek Kourim, Juan Liscano, Leopoldo de Luis, Sabas Martín, Diego Martínez Torrón, Blas Matamoro, Mario Merlino, Julio Miranda, Myriam Najt, Eva Margarita Nieto, José Ortega, José Emilio Pacheco, Justo Jorge Padrón, Alejandro Paternain, Hugo Emilio Pedemonte, Galvarino Plaza, Vasco Popa, Juan Octavio Prenz, Fernando Quiñones, Jorge Rodríguez Padrón, Marta Rodríguez Santibáñez, Gonzalo Rojas, Manuel Ruano, Horacio Salas, Miguel Sánchez-Ostiz, Gustavo V. Segade, Myrna Solotorevsky, Luis Suñén, John Tae Ming, Augusto Tamayo Vargas, Pedro Tedde de Lorca, Eduardo Tijeras, Fernando de Toro, Albert Tugues, Jorge H. Valdivieso, Hugo J. Verani, Manuel Vilanova, Arturo del Villar y Luis Antonio de Villena.